

## ¿Sabes qué soñé anoche?

(Extracto del cuento incluido en *El traficante de cuentos*)

Los cereales iban dando vueltas en la taza al ritmo de la cuchara de madera. Podía llegar a ser muy aburrido ver cómo los cereales se iban ablandando en la leche hasta convertirse en una masa oleosa y dulce, tanto que hasta le podría provocar el vómito.

Cada mañana era la misma historia: un plátano, los cereales y la leche. A la misma hora y en el mismo sitio, es decir, en la mesa de madera medio corroída de la cocina, sentado de cara a la pared.

Mateu odiaba la hora del desayuno en la casa de Santa Marta. Había mucho por recorrer en aquella extraña mansión fuera de las horas de clase, otro momento del día que era de lo más aburrido e inaguantable.

Cada día lo mismo, una y otra vez. Sólo variaba la acción cuando libraba de estar con Agripina, la institutriz y cuidadora del pequeño Mateu que, con ocho años, no era un niño normal.

Bien, en sí, sí que era normal y no padecía trastorno alguno. Pero estaba recluido en aquella casa desde que murieron sus padres, cosa que él podría haber evitado aunque las circunstancias no le fueron propicias en aquellos momentos. Desde el punto de vista que estaba en manos de Agripina, se podría decir que ya no era un niño normal: no iba a la escuela, no se relacionaba con otros niños ni con otros adultos, no salía de la mansión.

La casa, con varias hectáreas de terreno arbolado, se adentraba por un camino desde la carretera que iba de Sant Julià de Vilatorrada a Vic, y no se veía desde ésta. Desde abetos, pinos y encinas, hasta abedules y castaños. Una amalgama de arboledas que hacían del solar un lugar sombrío, con una acumulación de hojas caídas que presentaban un aspecto de permanente otoño.

El viejo abogado, el señor Gil, muy amigo de la familia, lo había dispuesto todo acorde a los deseos de la joven pareja fallecida en un estúpido accidente automovilístico. O desgraciado, se podría decir, porque ellos no tuvieron la culpa de que aquel joven fuera por aquella carretera repleta de curvas conduciendo como si emulara a Antonio Zanini en el rally Costa Brava. Pero aun siendo jóvenes, lo tenían dispuesto todo y habían dejado por escrito que Mateu debería seguir viviendo en Santa Marta.

De vivir en Santa Marta a no salir de Santa Marta, había un trecho, pero los testamentos podían ser interpretados y si bien el señor Gil había intentado ser muy estricto, quizá la solución adoptada carecía de mucho sentido.

Procuraron una institutriz, la mejor que creyeron encontrar, que se trasladó hasta Santa Marta para vivir con el niño. Tenía experiencia en educación y, dado que no poseía el permiso de conducir, se acordó ese traslado, la ayuda de un *masover* para que cuidara del bosque y trabajara los campos, y una pensión mensual que cubriera todos los gastos más el sueldo de las dos

personas. Era cierto que los campos debían rendir algo, aparte de darles de comer, pero el beneficio era más bien escaso.

Y a todo esto, Mateu se culpaba día sí y otro también, de la muerte de sus padres. Creía que él lo podría haber evitado si hubiera hablado a tiempo. Aunque tampoco tenía cómo hacerlo.

Recordaba una historia que le explicaba su padre en relación a las desgracias que ocurrían de vez en cuando a su alrededor. "Siempre hay alguien que dice *pues yo ayer soñé con que ocurría este accidente...*". Mateu escuchaba atentamente en aquellos momentos en los que su padre le explicaba algo. "Y yo les decía, *pues, ¿por qué no lo has explicado antes? Si lo hubieras dicho la gente habría sido más precavida y esto no habría ocurrido*".

Ese era el motivo por el cual Mateu se culpaba a sí mismo de la desgracia acaecida cuando a aquel loco le derrapó el coche bajo la fina lluvia y embistió a sus padres lanzándolos al vacío en la carretera cerca del *Balcó de la Minyona*. Él había soñado la noche antes que sufrían un accidente de coche pero, a diferencia del accidente de verdad, Mateu iba dentro del vehículo acompañando a sus padres, antes de caer en el pantano de Sau.

Y no tuvo tiempo de avisarlos aquel día, porque partieron antes de que él se hubiera levantado y no los vio en todo el día, y porque ellos no pasaron por casa cuando decidieron ir a cenar fuera, para celebrar no se sabía qué.

Aquel viejo que no sabía quién era y que bien podría haber sido su abuelo por el cariño con el que le había tratado, le dijo que aquella mujer era muy cariñosa y que cuidaría de él. *Agripina, sí, así se llama*, le había dicho.

Pero Agripina, después de los días iniciales de tanteo, se había convertido en algo peor que una bruja. Su tono de voz era antipático y siempre más alto de lo normal. Siempre le daba clases durante toda la mañana, unas clases aburridísimas, por otra parte, y luego le hacía ayudarla con las tareas de la casa.